

## Acto II

En el pórtico del templo, Sarastro habla a sus sacerdotes (*O Isis und Osiris*). Les informa que Tamino es hijo de un rey, un joven virtuoso, bueno y discreto y que le está destinada Pamina. Antes deberá salir de la ignorancia y acceder a la luz de la virtud humana. Los sacerdotes convienen en las pruebas que ha de superar el príncipe, acompañado de Papageno (*Bewahret euch vor Weibertücken*).

La escena se cambia a la cripta del templo. Tamino y Papageno son introducidos por dos sacerdotes. Papageno manifiesta que su único deseo es comer y beber y además conseguir una buena mujer. Un sacerdote afirma que la conseguirá después de someterse a varias pruebas. Tamino y Papageno, en la primera de las pruebas, verán a Pamina y Papagena respectivamente, pero no podrán hablar con ellas. Muerte y desesperación, continúan los orates, esperan al hombre cuando es engañado por las intrigas de las mujeres.

Desaparecen los sacerdotes y en su lugar reaparecen las tres Damas de la Reina que tratan, impunemente, de convencer a Tamino de que Sarastro le está mintiendo. Papageno parlotea con las Damas a pesar del silencio impuesto (*Wie? Wie? Wie?*). Las damas desaparecen velozmente al escuchar unas voces que preludian la reaparición de los sacerdotes, quienes conducen a Papageno y Tamino a una nueva prueba.

Estamos ahora en la escena

tercera de este acto segundo. Pamina, en un jardín, duerme. Monostatos intenta acercarse a la joven (*Alles fühlt der Liebe Freuden*), pero es interrumpido por la aparición de la Reina de la Noche. La madre pregunta a Pamina lo que ha ocurrido con el príncipe que envió a salvarla. La Reina confiesa que ha perdido su poder al morir el padre de Pamina y que éste ha pasado a manos de Sarastro. La única solución es que Sarastro muera y ha de ser Pamina la asesina, así podrá recuperar la Reina su círculo solar con sus siete potentes rayos. Pone un puñal en manos de Pamina y jura no querer nada más con ella si no mata a Sarastro (*Der Hölle Rache, Kocht in meinem Herzen*). Pamina exclama que jamás podrá hacer algo semejante. Monostatos, que ha escuchado escondido la conversación, dice a Pamina que si se le entrega podrá salvarse ella y su madre. Pamina prefiere antes la muerte. Sarastro se presenta imprevistamente y despide, con desdén, al moro libidinoso. Sarastro explica a Pamina las sagradas reglas de su confraternidad: en estos muros santos no hay lugar para la venganza, sólo para el amor, que es lo único que dignifica al ser humano (*In diesen heil'gen Hallen*).

Se pasa a la escena cuarta del acto que transcurre en el atrio del templo. Otra vez los dos sacerdotes recuerdan a Tamino y Papageno su pacto de silencio, algo que el segundo apenas puede cumplir. Cuando aparece una vieja andrajosa le ofrece Papageno de beber y charlan amigablemente.

La vieja dice que tiene un joven enamorado que se llama Papageno, lo cual intriga y molesta al aludido. Luego desaparece. Entran los tres muchachos trayendo comida y vino. Papageno come con entusiasmo. Aparece Pamina y se horroriza porque Tamino no quiere hablar con ella.

En la siguiente escena, Sarastro y los sacerdotes rezan. Son introducidos Papageno y Tamino: aún deben soportar pruebas más dificultosas. Es traída Pamina y Sarastro invita a la pareja a despedirse (*Soll ich dich, Teurer, nicht mehr seh'n?*). Queda sólo Papageno en escena el cual, decididamente, no tiene cualidades para poder acceder a la confraternidad por sus innobles deseos de comer y beber solamente: y de nuevo sueña con una bonita y apacible esposa (*Ein Mädchen oder Weib*). Mientras bebe un vaso de vino vuelve a presentársele la vieja ya conocida. Éste le aconseja que la acepte como mujer, porque si no lo hace puede ser condenado a la cárcel de por vida, a pan y agua nada más. Sin entusiasmo accede Papageno. Repentinamente la vieja se convierte en una agradable muchacha, que es alejada entonces por un sacerdote porque Papageno aún no es digno de ella.

En un jardín se desarrolla la escena siguiente, la sexta. Los tres muchachos cantan el poder de la luz (el sol) para despejar la ignorancia y la obscuridad. Cuando Pamina, horrorizada, está a punto de matarse con el puñal dado por su madre, los muchachos se lo impiden, asegurándole que Tamino está arriesgando